

ECA

Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XXI

Centro América, Octubre de 1966.

Número 220

Orientación.

ATEISMO Y ORDEN CRISTIANO

Pedro Arrupe, S. J.

General de la Compañía de Jesús.

La negación de la realidad de Dios ha sido siempre en la historia del hombre una tentación constante. Ya el salmista, describiendo la corrupción humana, ponía al frente de su descripción el pecado base: "Piensa el necio que Dios no existe" (Sal. 14). Pero si esta tentación ha estado siempre junto al ser humano, en los tiempos modernos se ha hecho una realidad hiriente y viva que domina y señorea el pensamiento y la acción de muchos millones de hombres.

No hace mucho la revista americana "Time" dedicaba su artículo de fondo a este tema. Lo titulaba: "¿Ha muerto Dios?" (8 de abril 1966). El estado de ánimo de muchos de nuestros contemporáneos se refleja fielmente en esta carta que un doctor en medicina escribía al editor en el número siguiente de la revista. La transcribimos como un testimonio vital:

"El Dios del mito, del temor y de la superstición ha muerto. El Dios en cuyo nombre tantos han sido torturados y asesinados ha muerto. El Dios que se hace como padre vigilante de la humanidad ha muerto. Los dioses múltiples, representantes de las múltiples religiones con sus múltiples y desfiguradas concepciones, han muerto. Que nazca y viva un humanismo a-religioso y evolutivo con su amor y fe en el hombre, con su sabiduría y su valor". Maurice S. Cerul, M. D. ("Time", 15 de abril, 1966, p. 9).

El Concilio Vaticano II ha sabido pulsar también este estado de ánimo del hombre de hoy, y nos ha dejado, en síntesis exacta y profunda, una valoración de este fenómeno del ateísmo. Reconoce el Concilio que la plenitud de la dignidad humana se encuentra en la vocación del hombre a la unión con Dios. Pero no puede menos de constatar que

"son muchos los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios, o la niegan en forma explícita. Este ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo. Y debe ser examinado con toda atención" ("Constitutio pastoralis de Ecclesia in mundo huius temporis", n. 19; edición española: BAC, Madrid, 1965, 2^a ed., pp. 231-232). (En adelante citaremos esta Constitución por las siglas IM).

El ateísmo es una realidad compleja que designa fenómenos muy diversos entre sí. No pretendemos en la brevedad de estas líneas exponer toda su inmensa complejidad. Pero juzgamos necesario delinear una fenomenología del ateísmo contemporáneo que nos prepara el camino para tomar las actitudes imprescindibles en esta hora de responsabilidad cristiana.

¿Cómo entiende el hombre de hoy la realidad de Dios?

1).—Para muchos, Dios debe ser combatido.

Es una realidad que estorba la autonomía humana. El hombre —opinan infundadamente— no puede afirmarse en la total plenitud de su libre determinación, si existe esa otra realidad que le supera. "El hombre es el artífice y creador de su propia historia". Tal autonomía existencial es irrealizable si es necesario reconocer un Señor "autor y fin de todas las cosas". Consiguientemente es necesario superar —eliminándola— esa realidad opresora de un ser trascendentemente personal que exige dependencia y sumisión. Es un ateísmo militante, que brota de lo que Rahner ha denominado el "negarse a dejarse captar por lo fundamental". De la exagerada afirmación del hombre autónomo se asciende a la negación de Dios como realidad trascendente y se concluye a una necesidad de su eliminación práctica en el quehacer humano. Lo fundamental sería el hombre y sus realizaciones intramundanas. Se sigue con necesidad la lucha contra toda religión, puesto que ésta pretende la instauración de la realidad de Dios como centro y explicación última del mundo. La religión es el obstáculo que impide la plena realización del hombre, "porque al orientar el espíritu humano hacia una vida futura ilusoria, apartaría al hombre del esfuerzo por levantar la ciudad temporal" (IM, n. 20; BAC, p. 234). La lucha contra la religión es un estadio de la liberación del hombre, porque "el concepto de Dios es para el hombre una cómoda explicación de lo que le sobrepasa. Pero el día en que el hombre se haya realizado plenamente este concepto desaparecerá" (palabras de C. Mury citadas por P. Delerce, "Cristianos y marxistas", Boletín del Instituto de Estudios Políticos, junio-setiembre 1965, p. 21. Citaremos esta revista con las siglas BIEP).¹

2).—Dios, para otros muchos de nuestros contemporáneos, es una realidad que debe ignorarse.

No se necesita. La afirmación de Dios como una realidad vital y operante es "completamente superflua". (IM, n. 20; BAC, p. 233-234). La ciencia humana se ha volcado sobre la investigación experimental de mediciones y comprobaciones verificables. Esta experimentación ha resultado en un desarrollo del dominio humano sobre el cosmos, abriendo posibilidades impensadas al poder del hombre sobre la materia.

Al mismo tiempo ha creado una mentalidad pragmática, positiva, que evita lo trascendente

como misterio. "Nos encontramos ante el más alto misterio, porque no sabemos por qué existe algo y no la nada". Por eso la actitud del hombre ante ese misterio profundo de lo que le trasciende será el silencio ante el ser (o no ser) que está (o no está) sobre nuestras posibilidades humanas, y la consagración a las tareas inmediatas de la construcción del mundo, que ciertamente está ahí, dado como una apertura a nuestras posibilidades. Esta actitud, más que negar a Dios de manera positiva, prescinde de su realidad, se apega al mundo que es necesario construir y busca la compleción humana en un continuo avance hacia metas siempre abiertas. Se ha definido con exactitud esta postura al decir que el hombre "puede negar que haya de tener nada que ver con el futuro absoluto". En otras palabras: el mundo ha perdido el sentido de lo sagrado y de lo trascendente. Puede pasarse sin ambas cosas y la vida marcha y progresá. "Lo que hoy vivimos es una declarada subproducción de trascendencia —nos dice Ernst Bloch— en la que se manifiesta un nihilismo que todo lo abarca". ("Balances...", BIEP, n. 6, p. 9 y 17).

3).—Desmitificar nuestra concepción de Dios.

Existe una tercera actitud ante Dios, que no podríamos denominar ateística estrictamente hablando, pero que mantiene contactos con las actitudes mencionadas.

Ante el mundo en transformación, ante el avance de la "intramundanidad", la pregunta y la duda se formula en muchas mentes: ¿Podemos los creyentes seguir manteniendo las categorías clásicas con que nos representamos a Dios? Es necesario —afirman— "desmitificar" nuestra concepción de Dios. Para muchos de nuestros contemporáneos "el problema primario y fundamental no está en lo que Dios es en sí, sino en cómo los hombres pueden justificar el uso de esta palabra" ("Time", 8 de abril 1966, p. 53). ¿Es posible una religión a-religiosa, una teología sin Dios? ¿Qué camino podemos seguir los creyentes en esta búsqueda de Dios que se nos está —poco a poco— haciendo desconocido y extraño? Sin negar la realidad de Dios, el esfuerzo teológico de muchos hombres de hoy se vuelve hacia un humanismo vital, en el que se ahonde en los valores humanos y se llegue, por esta vía interiorista e inmanente, a la percepción de Dios encontrado en las raíces mismas del ser como su último fundamento. El caso es que, como dice Pablo VI, "a veces vemos nacer los ateos de esta exigencia de una presentación del mundo divino más alta y más pura". Para muchas mentes modernas, el Dios que han vivido tantos siglos se ha convertido en un Dios problemático, incomprensible, desconocido.

Paradójicamente, sin embargo, todo ateísmo vive implícitamente del mismo Dios a quien niega. Y aun en medio de ese avance impetuoso

1. "Por eso, cuando los defensores de esta doctrina logran alcanzar el dominio político del Estado, atacan violentamente a la religión difundiendo el ateísmo, sobre todo en materia educativa, con el uso de todos los medios de presión que tiene a su alcance el poder público". (IM, n. 20; BAC, p. 234).

de la negación de Dios, Dios sigue siendo buscado y necesitado en su misma negación. "El ser trascendente —dice Ernst Bloch— se ha debilitado, desde luego, pero la esperanza no está muerta aún y dondequier que exista esperanza, existe también la religión", ("Balance...", BIEP, n. 6, p. 9).

4).—Nuestra responsabilidad.

Este fenómeno contemporáneo del ateísmo, que hemos tratado de reflejar de manera incompleta, plantea un problema a la Iglesia y exige de todo católico una actitud recta e inteligente. Porque también nosotros podemos tener nuestra parte de responsabilidad en esta situación.² La Iglesia, es cierto que "no puede dejar de denunciar, con dolor pero con fuerza, esas perniciosas doctrinas y conductas que son contrarias a la razón y a la experiencia humana universal y privan al hombre de su innata grandeza". (IM, n. 21; BAC, p. 234-235). Pero también quiere que cada cristiano posea una vital preocupación ante el fenómeno del ateísmo que le ayude a entenderlo y superarlo. El Concilio señala las líneas maestras.

a) conocer las causas;

En primer lugar la Iglesia "quiere conocer las causas de la negación de Dios que se esconden en la mente del hombre ateo. Consciente de la gravedad de los problemas planteados por el ateísmo y movida por el amor que siente a todos los hombres, la Iglesia juzga que los motivos del ateísmo deben ser objeto de serio y más profundo examen". (IM, n. 21; BAC, p. 234-235).

Es el paso primero e imprescindible de la comprensión a fondo del fenómeno ateo en el mundo de hoy, mediante el estudio, la profundización intelectual, la reflexión sosegada y hecha sobre datos sociológicos. Tenemos necesidad de mucha ciencia y de mucha filosofía.

b) renovar nuestra vida en Cristo;

Pero esto, con ser esencial, no basta. Una solución meramente intelectual es insuficiente, porque el problema ateo no es solamente un problema ideológico. Afecta, por el contrario, la existencia misma del hombre estructuralmente, vitalmente. A ese hombre afectado tenemos de comunicar no sólo la verdad, sino también la vida. Se ha hecho hoy más patente una inadecuación entre lo que la Iglesia tiene y lo que da al mundo. Por eso el Concilio afirma "el remedio del ateísmo hay que buscarlo

2. "Por lo cual en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina e incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios por la religión". (IM, n. 19; BAC, p. 233).

en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y de sus miembros. A la Iglesia toca hacer presentes como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo". (IM, n. 21; BAC, p. 235-236).

El camino radical para la curación de los males que proceden hoy del ateísmo y del naturalismo es la estructuración de un orden cristiano, no separado o situado como un "ghetto", sino en medio del mundo y que esté imbuido y animado en todo del espíritu cristiano comunitario.

Esto es más difícil de realizar, pero está impuesto por la exigencia de las realidades con que nos enfrentamos.

c) dialogar con caridad.

Por fin se necesita, "se requiere un prudente y sincero diálogo" (IM, n. 21; BAC, p. 236). Este diálogo se ha de basar en la simple distinción entre la doctrina atea y la persona atea. Hemos de conocer —y reconocer— a estos últimos como personas dignas de nuestro respeto. Hemos de conocerlos en concreto: sus condiciones de vida, sus ideas, sus sentimientos, su realidad concreta, en una palabra. Porque, al fin y al cabo, ese hombre concreto con quien dialogamos "resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad". (IM, n. 21; BAC, p. 235). A nosotros —a pesar de ese problema no resuelto que también somos para nosotros mismos— se nos ha dado el pasar de las tinieblas a la luz admirable (I Pet. 2,9). Nuestra tarea será ayudarle humildemente en la búsqueda de esa luz que se nos ha dado, en hacerle entrever la posibilidad de una vía abierta al misterio. Sobre esta correspondencia de nuestra humildad, Dios quizás se digne llamarle "a pensamientos más altos y a una búsqueda más humilde de la verdad". (IM, n. 21; BAC, p. 235).

La Iglesia es como un signo levantado entre las naciones y posee en su seno la esperanza de la humanidad.

A esa humanidad que yace en las tinieblas y en el país de la muerte, la Iglesia debe entregar —vitalmente— su mensaje de vida y liberación. Porque "en realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado". (IM, n. 22; BAC, p. 237). Y sabemos que las tiendas en que acampó el Verbo cuando vino a nosotros permanecen en la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

En nuestra tarea: intelección profunda del fenómeno ateo; renovación vital de nuestra vida en Cristo; humilde contribución del don de la esperanza a tantos que están lejos de la Luz y de la Vida.